

ITINERARIO Y APORTACION DE BORGES

RAMIRO PABON D.*



Jorge Luis Borges murió a los 87 años. Una larga vida fecunda en obras de gran valor literario que el tiempo en sus terribles resacas nunca podrá borrar ni olvidar. Decir que los textos de historia de la literatura hispanoamericana y universal mantendrán vivo su nombre no es un gran consuelo porque ese es su oficio aún con los escritores notables cuyas obras ya nadie lee. Por fortuna para el pensamiento y la literatura relevante siempre habrá buenos lectores, quizá pocos, que seguirán explorando emocionados el rico venero de los poemas, ensayos y cuentos de este gran escritor que supo infundir en sus obras un profundo significado y sim-

* Profesor Asociado de la Universidad de Nariffo.

bolismo. Es que Borges fue un autor luminoso que explotó sabia y talentosamente, en un lenguaje vivo y deleitoso, importantes canteras del pensamiento, del sentimiento y de los motivos de angustia y desazón del hombre de todos los tiempos.

Con paciencia supo forjarse un prestigio bien fundamentado como comunicador de los problemas más profundos del hombre y de la realidad que lo rodea. Innegablemente su reputación es bien merecida y no es circunstancial, a pesar de que él en algunas entrevistas de sus últimos años, en un afán de modestia, expresó que su nombre y sus obras no sobrevivirán al desgaste de los próximos cien años. Más aún se atrevió a decir: "A mí no me gusta lo que escribo y creo que soy un bluff involuntario".

Posiblemente esta clase de afirmaciones corresponda a su inmodificable tendencia a hacer desplantes y humoradas. Es clásica su frecuente protesta contra el idioma español al que consideraba muy pobre en vocabulario, en expresiones y en recursos para comunicarle gracia y flexibilidad al estilo; pensaba que el francés y el inglés, idiomas que conocía muy bien, eran superiores en esos atributos, en armonía immanente y en elegancia. Se lamentaba en cierto modo por haber nacido en un país en desarrollo porque esta circunstancia le había impedido pertenecer al gran flujo cultural de una nación de tradiciones artísticas antiguas y bien cimentadas. Con frecuencia se mencionan las palabras que le expresó al premio Nobel de Literatura Eugenio Montale: "Mejor es haber nacido como usted en Italia, en un país ilustre y de una gran tradición literaria."

En la década del veinte fue el guía de un importante grupo de escritores jóvenes por los senderos de la vanguardia literaria que había explotado en Europa como una tremenda descarga en protesta y defensa de la libertad y de más valores esenciales de la humanidad seriamente amenazados, en los años previos a la gran catástrofe de 1914, presintiéndola, y que, una vez terminado ese cataclismo de locura, se había reforzado como respuesta a la desolación causada por tan horrfica devastación. Borges conoció de cerca los horrores de la guerra porque de 1914 a 1919 permaneció con su familia en Ginebra, ciudad a la que amó mucho y en donde quiso que lo sepultaran. Allí

descubrió y justipreció el movimiento vanguardistas de los poetas franceses e ingleses. Había necesidad de explorar nuevos caminos en la expresión e inventar un nuevo lenguaje que verbalizara el horror y la frustración contra una cultura que no había podido impedir tal monstruoso desenfreno de las fuerzas de la destrucción y del caos. El mismo señaló el rumbo cuando expresó: "Abominá bamos de los matices borrosos del rubenismo y nos enardecíó la metáfora por la precisión que hay en ella, por su algebríca forma de correlacionar lejanías".

Fundó o contribuyó a fundar las revistas de vanguardia: Prisma, Proa y Martín Fierro. Las dos primeras con nombres muy sugestivos de los nuevos emprendimientos poéticos de la juventud insatisfecha por los agridios acontecimientos sufridos por Europa y por el mundo entero; la tercera para recordar que una veta importante de la producción literaria estaba constituida por lo autóctono para los argentinos, por los rasgos esenciales de la cultura popular; es decir, una vanguardia con los pies bien asentados en la realidad argentina. Esas revistas recogieron una abundante producción de los nuevos valores del arte. Borges pretendía, como afirman los críticos, alcanzar en su estilo limpidez en la expresión, rigurosa precisión semántica y un buen grado de intemporalidad. Este fue su ideal al cual siguió y persiguió constantemente en su obra, y a fe que en varias de sus composiciones líricas y narrativas lo logró.

En sus primeros años se consagró fervientemente a la producción poética lírica según los nuevos rumbos que se había trazado atendiendo al clamor del ultraísmo sincero y desparpajado, pero un ultraísmo manejado por su talento, no en calidad de simple epígono de la corriente europea, nunca en condición esnobista. Entre los libros de poemas de sus primeros años conviene mencionar: Fervor de Buenos Aires, Cuadernos San Martín, y Luna de enfrente. Luego se dedicó al ensayo que le permitía una mayor explicitud para expresar sus ideas, sentimientos y opiniones sobre muy diversos temas relacionándolos todos, de alguna manera, con la poesía. Son importantes sus libros: Inquisiciones, Otras Inquisiciones, Discusión, Historia de la Eternidad y La Nueva Refutación del Tiempo.

Los temas fundamentales de sus ensayos son los siguien

tes: la naturaleza no solo dualista, sino muy ambigua y profundamente conflictiva del yo; cada individuo no es uno solo, sino dos o múltiples personas, sin que podamos hacer nada eficaz para instaurar el espíritu de individuación: somos un complejo, un plexo de relaciones y de estados; el problema del tiempo; el destino del hombre, lo absurdo de la realidad, el problema de la libertad, del libre albedrío, la terrible idea de que estamos hechos para la libertad, estamos condenados a ser libres. Pero quizá el problema del tiempo es el que más lo obsesiona y lo acosa. En "Nueva Refutación del Tiempo" afirma: "... El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges."

Luego se entregó a la tercera gran vertiente de su talento: la narrativa que es para muchos el filón más rico del autor, en el que más lució su enorme creatividad y en el que obtuvo sus mejores aciertos con obras inmarcesibles e imperecederas. Sus colecciones de cuentos más famosas son: Ficciones, El Aleph y El Hacedor. La mayoría de sus narraciones son de carácter fantástico-simbólico; sin embargo, en su prólogo a la serie de cuentos denominada "Artificios", incluida en Ficciones, considera que su mejor cuento es quizás "El Sur", un cuento de corte realista: "De 'El Sur', que es acaso mi mejor cuento, básteme prevenir que es posible leerlo como directa narración de hechos novelescos y también de otro modo." Claro está que no indica ese otro modo; es la tarea que les encomienda a sus lectores.

Su prestigio fue reconocido por muchos intelectuales y escritores y asociaciones culturales. Fruto de esa noble actitud fueron los numerosos premios que se le otorgaron, siendo el más importante el Premio Cervantes conferido en 1979. Por varios años fue candidatizado al premio Nobel y muchos escritores no sólo argentinos, sino de diversos países del mundo consideraban que Borges merecía suficientemente esa tan importante distinción a nivel universal. Pero no le fue discernida. Se pueden conjeturar diversas razones. No hay que olvidar que varios grandes escritores, cuyo prestigio sigue vivo, no fueron galardonados, como Tolstoy, Proust, Kafka y Joyce. En algu

na entrevista Borges manifestó respecto a dicho premio: "Me hubiese gustado ganarlo, pero sólo por vanidad, en definitiva, para qué me sirve ese premio si no por un pecado de vanidad?".

Su posición ideológica fue muy especial. El vanguardista en literatura era en filosofía un firme idealista guiado por sus maestros Berkeley y Schopenhauer. En su obra de ensayos: "Otras Inquisiciones" afirma que: "...el universo es una proyección de nuestra alma...". En política su posición fue de derecha, un conservadurismo consciente adoptado mediante afiliación oficial al partido conservador argentino en la década del 60 y proclamado desafiadamente en cada oportunidad que se le presentaba. La razón de esta militancia la explicó así: "Creo que el Conservadurismo corresponde a las épocas de mayor dignidad y prosperidad del país. Además, ser conservador es una forma de escepticismo político". Se puede afirmar que lo que realmente le interesaba era la posibilidad de ejercer su genuina actitud escéptica y su singularidad conservadora hondamente desafiante para los grupos de avanzada que por aquellos años proclamaban a grandes voces y con toda la fanfarria del caso su adhesión al marxismo y especialmente a la revolución cubana triunfante. Desde el principio de su profesión de escritor había manifestado claramente su posición escéptica como norma y rumbo de su conducta: "Si de algo soy rico es de perplejidades y no de certezas." La educación familiar lo predispuso para esta actitud: Su padre fue ateo, en tanto que su madre fue católica practicante; una de sus abuelas fue protestante.

Su escepticismo lo condujo a pensar que el mundo no tiene sentido como tampoco la vida del hombre; que éste no puede comprender la realidad propia y circundante porque sus capacidades son muy limitadas y él mismo es un complejo inextricable, complicado aún más por su fatídica tendencia a dejarse poseer por un cúmulo de necios prejuicios; y, por consiguiente, carece de un criterio seguro de verdad; nada puede afirmarse, ni nada puede negarse a satisfacción de la mente humana. Lo lógico y lo ilógico subsisten y coexisten indefectiblemente. Pero su escepticismo no era bronco y rencoroso, pues, estaba sazonado por un hondo humorismo porque comprendía muy bien que el absurdo es parte integrante e inevitable de la naturaleza humana; por esto su visión del mundo, a pe-

sar de ser angustiante, no es desesperada.

Sus posiciones políticas y filosóficas le ocasionaron algunos serios contratiempos con la política imperante en su país y con la Iglesia Católica. Su rotunda oposición al Peronismo le significó ciertas represalias insensatas por parte de los desaforados activistas como su destitución del cargo de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires y el humillante nombramiento como Inspector de pollos y conejos en los mercados de esa ciudad. De estas escolideses son capaces las dictaduras en su avidez de poder.

A muchos filisteos les desesperaba el hecho de que Borges no fuera un escritor comprometido a la usanza en la década del sesenta. Para Borges la literaruta comprometida era un enorme disparate, un adefesio, un absurdo escandalizante. La buena literatura es una sola y nada tiene que ver la militancia política. En su prólogo al Informe de Brodie afirma: "No soy, ni he sido jamás, lo que antes se llamaba un fabulista o un predicador de parábolas y ahora un escritor comprometido. No aspiro a ser Esopo. Mis cuentos como los de las Mil y una Noches quieren distraer o conmover, no persuadir".

Los que no descubren en su obra su adhesión fervorosa a unos principios humanísticos fundamentales e incommovibles, son malos lectores. Se quedan en la superficie del texto, quizá frenados por sus prejuicios políticos; no penetran hasta descifrar cabalmente el trasfondo o la semiótica connotativa, en ese otro modo de lectura posible que sugiere Borges cuando habla de su cuento 'El Sur'; en donde se hallan vivos y palpitantes los grandes problemas humanos, los de todos los tiempos y que sobreviven a todas las pasajeras, aunque importantes, circunstancias políticas del presente. Son las inquietudes y angustias y también los placeres del hombre de ayer, de hoy y de siempre que flotan libremente en sus obras como la trama aparentemente oculta y evasiva.

Su ceguera, que sufrió desde 1955 hasta su muerte y a la que se sobrepuso con gran valor, no fue óbice suficiente para impedirle la continuación de su valiosa obra literaria. Su acuidad interior le bastaba para crear y decir en poemas, cuentos y ensayos cosas inquietantes o conmovedoras en un deleitoso, conciso y pleno lenguaje.